

Título: Juntos en París

Seudónimo: Sam Roth

“Todo el que desconoce su historia está condenado a repetirla”

París, 1 de abril de 2006

El último golpe nos avisa de que el avión ya ha aterrizado. Nunca me acostumbraré a estos trastos. Son infernales. Ya a la puerta del aeropuerto espero impaciente a que llegue un taxi. Cuando este llega, me subo torpemente.

- Buenos días señora- me saluda el taxista- ¿Adónde desea ir?

- Buenos días, a la calle de Artois, por favor- le indico al taxista mientras leo la dirección que tanto me costó conseguir.

Durante el trayecto cierro los ojos y recuerdo todo: cómo nos conocimos, nuestro fugaz noviazgo, su viaje a la costa, y, lo más agradable, la sensación que me producía recibir sus cartas. No importaba lo que estuviese pasando en ese momento, porque leer cada una de las palabras escritas por él me hacía olvidarlo todo. En ese momento me viene a la memoria su última carta, algo no tan agradable, y mi necesidad a continuar con mi vida. Me costó muchos años recomponerme de aquello. En realidad, nunca llegué a superarlo. Nunca volví a querer conocer otro hombre, él era y sería el único en mi corazón siempre. Ahora imagino que soy una de esas jovencitas que oigo reírse en la acera. Daría lo que fuese para que yo hubiera tenido esa juventud, pasear sin miedo a que nadie las esté observando o sin la continua preocupación de medir sus palabras por miedo a que alguien las oiga.

- Es aquí, señora- me dice el taxista sacándome de mis ensoñaciones.

- Muchas gracias- le contesto mientras le pago y salgo del taxi. Todavía no me creo que esté tan cerca de la persona por la que tanto he llorado, por la que tanto he soñado. Llamo impacientemente al timbre, y me abre una joven con un aspecto angelical.

- Buenos días, señora ¿es usted Teresa, no?- me pregunta amablemente mientras me invita a entrar.

- Sí, ¿Marie?- le pregunto yo mientras dejo mi bolsa en la entrada.

- Sí, ¿qué tal el viaje, señora Teresa?- me dice con un curioso acento francés mientras me ayuda a quitarme el abrigo.

- Bueno, la verdad es que se me ha hecho muy largo. Nunca había viajado tan lejos. Marie, ¿puedo ver a Pedro?- le pregunto sin poder aguantar más.

- Antes la tengo que advertir de algo- me contesta mientras me guía a una sala de estar.-
Señora Teresa, le envié esa carta porque creo que usted puede ser una clave para que el señor Pedro esté mejor, pero ha de tener en cuenta que está muy enfermo. La enfermedad que padece está ya muy avanzada, y es casi seguro que no la reconozca. Por lo mismo, tampoco le aseguro que la vaya a reconocer después de hablar con él. Yo solo se lo digo para que esté preparada.

- Gracias, Marie, pero llevo toda mi vida esperando el momento de volver a verle, y nada de lo que diga va a conseguir que cambie de opinión.- Le digo con expresión amable.

- Como desee, pero por si lo necesita, yo estaré por aquí.

- Gracias- le contesto.

A continuación, me hace un gesto para que la siga y me dirige por un pasillo hasta la última puerta. Con el corazón en un puño, entro y le veo. Está sentado en la cama. Cuando nota mi presencia levanta la cabeza y se queda mirándome, pero tiene la mirada perdida y el gesto ausente. Me armo de valor y me siento en una silla que hay junto a su cama, depositando las cartas en mi regazo.

- Hola Pedro, ¿me recuerdas?- le digo impaciente.

Pasan unos segundos, que a mí me parecen años, en los que se me queda mirando fijamente.

- Siento decírselo, pero no. Lo siento, últimamente ando con la cabeza en mil sitios- me contesta con total naturalidad.

Sé que era imposible que se acordara de mí, pero he de reconocer que una parte de mí deseaba que así fuera.

- No importa- le digo fingiendo una sonrisa mientras me esfuerzo por no derramar las lágrimas que se están formando de mis ojos.- Soy una antigua conocida suya. ¿Le importa que le lea unas cartas? Estoy segura que serán de su agrado y le entretendrán.

- No veo por qué no- me indica.

Abro la primera carta.

Madrid, 3 de Noviembre de 1936

Querido Pedro:

Hoy ha sido un día complicado. Doña Emilia ha estado toda la mañana despotricando contra nosotros, diciéndonos que se avecinan cambios beneficiosos para España, que la República no es más que un acto de rebeldía, que hace falta que alguien ponga orden en este país... No lo aguanto, no entiendo cómo pueden pensar eso después de todo...

[...]

10 de Enero de 1937

Yo también te echo mucho de menos, los días se me hacen eternos aquí...

[...]

4 de Mayo de 1938

Tu recuerdo es lo único que me reconforta en estos momentos. Hay veces que creo que esta maldita guerra no acabará nunca. Aquí la gente está muy segura de lo que quiere conseguir, y que darán todo para que este país siga siendo lo que tanto esfuerzo nos ha costado conseguir. Eso es lo que más fuerza me da a día de hoy...

[...]

Madrid, 6 de Junio de 1938

Querido Pedro:

Aquí las cosas se están poniendo complicadas. Salimos a la calle con miedo a tener que salir corriendo al oír ese terrible sonido que tanto me perturba. Te echo de menos. Yo también espero que termine esta guerra...

[...] Carta tras carta, llegué a la que más temor me producía, la que más veces había leído y jamás había asimilado.

23 de Noviembre de 1938

Querida Teresa:

Siento mucho el motivo de esta carta, y que no pueda decírtelo en persona, pero es lo mejor para los dos. Pronto abandonaré España. Esta semana ha sido horrible para mi grupo. Muchos de nuestros compañeros han desaparecido y tememos haber sido descubiertos, por lo que no podemos esperar. Antes de nada quiero pedirte que le digas a Soledad que Fernando fue herido de muerte y antes de morir me hizo prometer que le dijera lo mucho que la quería.

Yo ya no podré hacerlo, por eso te pido que lo hagas tú. Esto me hizo pensar mucho y, después de todo, yo quiero que me hagas el último favor; cuando termines de leer esta carta, quémala, junto con todas las demás. Es la única manera de olvidarme, porque eso es lo que quiero que hagas, Teresa. Es muy posible que no nos volvamos a ver, por eso necesito que sigas con tu vida, que seas feliz, y que poco a poco olvides que una vez me quisiste. Te he querido desde el momento en el que te conocí y te querré hasta en el momento en el que me muera. Adiós.

Termino la carta con lágrimas en los ojos y la voz quebrada. De repente, noto que me agarra la mano e inmediatamente levanto la mirada hasta encontrar la suya.

- ¿Teresa? ¿Eres tú?- me pregunta recobrando esa mirada de la que me enamoré cuando era joven.- ¿Eres tú de verdad?

Sin pensarlo, me aproximo y le beso. Me ha conocido. Después de todo, me ha conocido. Tras un largo rato de besos y abrazos, me pregunta:

- ¿Qué me pasa? ¿Por qué me pasa esto?- me pregunta confuso.

- Tienes una enfermedad que te hace olvidar las cosas, y en breves momentos como el de ahora, recobras el sentido. Pero no pasa nada,- le explico- yo te cuidaré.

Se me queda mirando un instante y me dice:

- La vida es muy injusta. Durante todo este tiempo únicamente mis recuerdos han sido lo que me ha mantenido con vida. Mis recuerdos y conocimientos es lo único que nunca nadie me podría arrebatar. Me podrían arrebatar los derechos, la esperanza, incluso la vida, pero nunca mis recuerdos, pero, al final, eso también me ha sido arrebataado. El que desconoce su historia siempre estará condenado a repetirla, y yo no quiero repetir la mía; no quiero volver a ver compañeros muertos, o ``desaparecidos'', no quiero volver a sentir el miedo de que yo podía ser el siguiente, no quiero volver a sentirme cohibido de decir lo que pienso... No quiero.

- Y no lo harás,- le contesto entre sollozos mientras me tumbo a su lado- porque aunque tú no puedas recordarla, tu historia permanecerá intacta en cada uno de los que sufrimos aquello. Te quiero, nunca he dejado de quererte ni de buscarte, y ahora que te he encontrado no permitiré que nadie me vuelva a separar de ti.